

* Trabajo leído en la XIV Convención Anual de la Asociación Jaycees de la República Dominicana acerca del tema "El joven de hoy y la política" el 26 de septiembre de 1981 en el Salón de Convenciones del Hotel Casa de Campo, La Romana, R. D.

EL RETO DE UNA GENERACION *

Julio Brea Franco



El joven y la política. Pero "política" es un término poliédrico. Conviene entonces iniciar precisando la temática objeto de reflexión. En consecuencia aclaramos: el joven y la acción política. El joven en un "aquí"; la acción política en un "ahora". Esto es, un ámbito espacial y un tiempo determinado: el hoy dominicano.

La invitación que se nos formuló provino de jóvenes. Una invitación a ocupar una tribuna ante jóvenes. La hemos querido interpretar: se nos ha concedido la palabra porque bullen inquietudes y los rostros exhiben preocupación. Son el resultado de una obligada contemplación. La República nuestra parece estar erigida en un movedizo y arcilloso terreno en el que se está sumiendo cada vez más profundamente. Estamos siendo espectadores de una bancarrota nacional. Bancarrota económica, bancarrota política, bancarrota moral. Y si la República sufre, o se percibe que sufre, sus mejores hijos, sus mejores noveles hijos —parte de su cuerpo social— sienten el dolor. Pero, adoloridos, están impelidos a explorar causas, elaborar recetas y aplicar terapias. Quizá han sido estas las razones que motivaron a invitar.

Incertidumbre. Este, se nos antoja decir, es el clima en que vivimos. Una incertidumbre nacional. prohijadora de auténtica angustia. Un país en un mundo actual sacudido por

desequilibrios, lacerado por enfrentamientos, cundido de incomprendiones. Y no es esta una visión apocalíptica edificada sobre un pesimismo enfermizo cuya etiología sólo podría ser pescada en el profundo mar de nuestro inconsciente humano. Si así fuese, de seguro aquí no estaríamos. Joven ante jóvenes. En una etapa en la que aún gran parte de nuestra vida es proyecto, no pasado ni realidad. Hemos podido hacer cosas, quizá, pero aún son más las que nos faltan por hacer. Y a mitad del camino no se puede desfallecer porque ello significaría fallecer. ¡Estamos vivos! Atesoramos energías para luchar en la incertidumbre por un mañana mejor, mejor para nosotros y nuestros hijos. Así siente quien lleva la palabra. Por ello aceptó la invitación.

No es visión apocalíptica, porque si bien los antagonismos pueden conducirnos a una gran hecatombe humana, y si bien la naturaleza de los problemas del mundo actual exhiben —entre otras— la novedad de un mundo empequeñecido por las comunicaciones y por la interdependencia y limitado en sus reservas naturales y alimenticias por una demografía impresionante, la historia enseña que el pasado humano no ha sido más que una concatenación de crisis. Las crisis han retado al hombre y el hombre ha sabido salir siempre adelante. Apocalipsis sería si no abrigáramos esperanzas en la inteligencia del hombre. Pero esperanzas en una inteligencia usada con menos soberbia y menos prepotencia. Así, sólo así podremos tener futuro todos, y una parte de todos: nosotros los dominicanos.

Siempre la juventud ha hablado de crisis. Cuando comienza a tomar conciencia de sí para empezar a endilgar responsabilidades. Así tiene que ser. Es que su “mundo” es diferente a los “mundos” de quienes son sus contemporáneos. Acusa por que se cree sentir más lúcida, más competente, más capaz que los supervivientes y que los no ya jóvenes activos que detentan el control social. La juventud habla de crisis porque se inicia siempre en crisis.

El introito es ya suficiente para permitir el fluir del análisis. Jóvenes y acción política. Si hay jóvenes hay también no-jóvenes, esto es, hay viejos. Pero la dicotomía jóvenes-viejos en política, pero no únicamente en política, nos puede conducir al peligro de cometer una excesiva simplificación. Debemos por lo tanto cuidarnos. Y para cuidarnos debemos escharbar, profundizar el tema.

Hablar de jóvenes y de viejos es hablar de generaciones. Y cuando hablamos de generaciones surge espontáneo pensar en ellas, concebirlas en sentido biológico y genealógico. En esta forma se pensó en ellas en el pasado remoto. Y sin embargo, todos los intentos de formular una teoría de las generaciones en sentido biológico resultaron estériles sociológicamente. La debilidad intrínseca es esta: la continuidad de los nacimientos hace prácticamente imposible la determinación de las generaciones sociales. Es que éstas no pueden ser entendidas como meras promociones genealógicas. Sólo interpretaciones sociales e históricas de este concepto han podido permitir que adquiriera relevancia en el campo de las ciencias sociales.

La historia de la idea de generación cuenta con un pasado, aunque reciente, no por ello menos ilustre. Agudos observadores del acontecer social dedicaron esfuerzos intelectuales al problema en pos de luz para un mejor entendimiento del complejo y misterioso mundo del hombre. He aquí tan sólo un puñado de hombres: Auguste Comte, John Stuart Mill, Augustin Cournot, Giuseppe Ferrari, Wilhem Dilthey, Leopold von Ranke, Ottokar Lorenz. Y en siglo XX se destacan Karl Mannheim, Pedro Laín Entralgo y dos pensadores de recia personalidad intelectual: José Ortega y Gasset y su discípulo Julián Marías. Y es precisamente del Ortega europeo de donde proviene la aportación más profunda y completa entroncada en los supuestos de una teoría filosófica de la vida social. El discípulo Marías la desarrollaría y completaría.

La problemática generacional exige reflexión sobre cada uno de estos aspectos: qué son las generaciones, porqué las hay,

cuánto duran, cuál es su ámbito, cómo se determinan. Pero avisamos desde ya, que ni aún asidos a Ortega, pretendemos explorar con rigurosidad cada uno de ellos. Para nuestro objetivo nos basta únicamente bosquejar, a grandes trazos, tan sólo una noción del significado de generación, para con ella, adentrarnos en considerar la idea de generación política.

En su estudio sobre las generaciones, Ortega arranca de la convicción de que toda consideración biológica es insuficiente. La vida humana —plantea— no consiste en sus estructuras psicofísicas, sino más bien en lo que el hombre hace con ellas. La vida “es drama, con personaje, argumento y escenario: el mundo”. Y el mundo es primariamente un conjunto de interpretaciones sociales de la realidad: creencias, ideas, usos, estimaciones que están en vigor. Ortega las ha denominado “vigencias” porque las encontramos ahí y tenemos que contar con ellas. El mundo es entonces un “sistema de vigencias” que permite al hombre orientarse y hacer su vida. Y ese sistema representa siempre un nivel histórico determinado. Es aquí en donde aparecen las generaciones histórico-sociales.

Una generación es una variedad humana: cada una representa una altitud vital. Las generaciones nacen unas de otras y cada cual encuentra las formas vigentes de la anterior. Como el mundo es un sistema de vigencias que representa un nivel histórico determinado, “toda actualidad histórica, todo hoy envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres hoy diferentes”. Se impone entonces distinguir entre los contemporáneos y los coetáneos. Los coetáneos son los que tienen la misma edad, los que son jóvenes, maduros o viejos. Pero los contemporáneos son los que viven en el mismo tiempo. Los jóvenes, maduros o viejos son tres grupos de coetáneos con distinto índice de edad y con diverso sentido, pero están alojados en un mismo tiempo externo y cronológico; son contemporáneos.

Sobre la coetaneidad se han expresado críticas. En efecto, se ha rechazado el método de las generaciones bajo la consideración de que todos los días nacen hombres. Y como

esto ocurre, se ha planteado que sólo los que nacen el mismo día serían los únicos que tendrían la misma edad. En consecuencia, se ha argumentado, la perspectiva generacional es inconsistente; la generación es un fantasma. Un concepto arbitrario que no representa una realidad.

Se ha ripostado: la edad no es de sustancia matemática, es vital. La edad, según Ortega, dentro de la trayectoria vital humana, es un cierto modo de vivir; no es una fecha, es más bien una "zona de fechas". Por lo tanto, tienen la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen en una misma fecha sino en una "zona de fechas". Lo decisivo, entonces no es que las generaciones se suceden sino que se solapan o empalman. Siempre hay varias generaciones al mismo tiempo con plenitud de actuación sobre los mismos temas y en torno a las mismas cosas.

Para Ortega hay dos tipos de cambio histórico: cuando cambia algo en nuestro mundo; cambia el mundo. Y este último suele ser pequeño pero es total y acontece con cada generación, cada 15 años. Cuando el cambio es de magnitud mayor se trata de una generación decisiva y se inicia una crisis histórica. Pero ningún hecho histórico puede determinar las generaciones. El hecho afecta a cada una de las generaciones que lo viven. Y esa vivencia las afecta de manera distinta.

El sistema de vigencias en que consiste la forma de la vida dura 15 años. En consecuencia, una generación sería una zona de 15 años durante la cual una cierta forma de vida fue vigente. Por ello, según Ortega, "la generación sería, pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica, o dicho de otra forma, la historia camina y procede por generaciones". Continúa diciendo: "Ahora se comprende en qué consiste la afinidad verdadera entre los hombres de una generación. La afinidad no procede tanto de ellos, como de verse obligados a vivir en un mundo que tiene una forma determinada y única".

Hasta aquí trazos y trozos del pensamiento de Ortega. Ideas atrapadas con rapidez por manos inexpertas en el oficio de desentrañar interpretaciones filosóficas, en este caso, del pensamiento orteguiano.

Una recapitulación intermedia puede resultar saludable. Una generación en términos sociales, es un conjunto de individuos coetáneos nacidos en una zona de fechas cuya interpretación social de la realidad es, en parte, herencia de otras generaciones —herencia transformada— y resultado de vivencias y experiencias propias. En cada presente conviven varias interpretaciones, esto es, varias generaciones que son contemporáneas.

Y bien, hasta ahora hemos hablado de las generaciones. Nos falta la acción política. En consecuencia, hemos de referirnos a la generación política. Naturalmente debe resaltarse: las generaciones no sólo se manifiestan en un aspecto singular de la actividad social. Es abstracción eso del hombre político, del hombre económico, del hombre religioso, del hombre cultural, etc. La precisión es importante, no obstante que con frecuencia se habla de generaciones literarias o artísticas, educadoras o intelectuales. En rigor, no existen estas generaciones con apellidos, sino simplemente las generaciones histórico-sociales que afectan a todos los hombres de una sociedad en todas las dimensiones de su vida.

Está reconocido universalmente, que la conciencia de grupo constituye uno de los elementos fundamentales de la motivación política. Por doquier —en cualquier sistema político— se puede comprobar cómo los individuos buscan la seguridad que proporciona la afiliación a un grupo. La conciencia de grupo es el producto de determinadas semejanzas fundamentales entre un conglomerado de individuos. Y ese sentido de pertenencia origina a su vez una mayor homogeneidad; una conformidad que conduce con frecuencia a las iniciativas de acciones comunes. Los individuos se ven como miembros de un grupo y actúan, en consecuencia, como tales. Como individuo puede pertenecer a varios grupos, y como un conflicto social no es más que una pugna de intereses intergrupales, no siempre compatibles, puede presentarse en ese individuo un dilema: tener que decidir cuál de los grupos tiene más importancia en las circunstancias determinadas. En la política europea, por ejemplo, se ha presentado este conflicto

que ha yuxtapuesto la conciencia de clase y la conciencia nacional. Y en varios casos ha predominado esta última sobre la primera.

Pero no sólo se pueden detectar y estudiar estos dos tipos de conciencia de grupo. Aunque con menor grado de consideración, quizás por la falta de precisión de su significado, los politólogos han pretendido identificar otra clase de conciencia de grupo: la de pertenecer a una determinada generación. Y si bien ha habido vacilación y olvido en la Ciencia Política en cuanto a la idea de generación, resulta chocante —lo hemos podido apreciar— como novelistas, historiadores de la política y de la cultura y los sociólogos han utilizado el concepto con notable éxito.

Ya se han destacado las innumerables dificultades que engendra concebir las generaciones desde una perspectiva biológica. En política se evidencian aún más: el conflicto social es continuo y sería ingenuidad esperar que el poder político sea transferido de padres a hijos. Sin duda alguna, no siempre los hijos están de acuerdo con sus padres, pero en su gran mayoría estos conflictos no adquieren significado político. La historia política ni es la historia del conflicto ni del consenso entre padres e hijos.

En un hoy político coexisten más de dos generaciones. La idea de una generación “joven” y de una generación “vieja” como participantes exclusivas en un proceso político, es una perspectiva simplista de la realidad. Y esta visión dicotómica en muchas oportunidades se anilla a otro erróneo supuesto: la generación “joven” es siempre liberal, aguerrida, revolucionaria; la generación “vieja” es siempre conservadora, retardataria, reaccionaria.

Para poder enfocar la política desde una perspectiva generacional, necesariamente debe partirse del supuesto de que una vez que el individuo adopta una actitud política, ésta no sufre ningún cambio sustancial en el transcurrir de su vida adulta. Y esto se explica: si una generación política es un conjunto de individuos, con determinadas semejanzas y con cierta conciencia de grupo, del que pueden destilarse acciones

políticas comunes, esas determinadas semejanzas deben comparecer en un momento determinado de la vida.

De ahí que se haya orientado el esfuerzo con miras a determinar en qué período de la vida se forman las actitudes políticas. Y es importante señalar que ningún serio defensor del enfoque generacional haya propugnado que las mismas se originan en la infancia. Las hipótesis se orientan más bien a destacar cómo las actitudes políticas individuales son el resultado del último período de la adolescencia y de los primeros años de la vida adulta. Serían éstos los denominados años formativos, ubicados aproximadamente entre los 17 y los 25 años. En ellos se conforma un criterio personal claro en relación a la política, criterio éste que permanece prácticamente invariado hasta la vejez. Durante este período crucial, la juventud descubre su propia identidad. Decidiendo su papel con respecto a la sociedad, el individuo define al mismo tiempo su convicción política.

De acuerdo con esta concepción, una generación política sería entonces un grupo de individuos que estuvieron sometidos a las mismas experiencias históricas fundamentales durante sus años formativos. Y esta generación encontrará dificultades para comunicarse con las generaciones anteriores y posteriores a ella.

Se puede atrapar con facilidad cómo el elemento básico en la constitución de una generación política consiste en la vivencia, en un mismo período vital determinado, de una experiencia histórica. Pero los acaecimientos sociales se verifican en un tiempo y un espacio concreto. Por ello, resulta impostergable la referencia al problema de las dimensiones de una generación política. Y hablar de dimensiones, comporta ocuparse de los límites temporales y espaciales.

En efecto, como los acontecimientos políticos y sociales no son experimentados con la misma intensidad por todos los individuos que se encuentran en sus años de formación, las dimensiones de una generación varían considerablemente. Dependerá de la singularidad del acontecimiento, el grado de

dificultad que la generación experimente en sus intentos de comunicación con las demás generaciones actuantes.

Un ejemplo puede permitir una mejor captación de lo que se argumenta. La generación política prohijada por la Primera Guerra Mundial fue un fenómeno europeo general. Esto es, no fue mundial pero tampoco quedó restringido a unas cuantas naciones europeas. En este caso, la trascendencia y las transformaciones que produjo esta conflagración contribuyeron a engendrar una generación política en toda Europa. El acontecimiento no arrojó, en cambio, las juventudes de otras latitudes.

Por otra parte la juventud europea, que quedó decisivamente marcada, no lo fue en el mismo modo. Las reacciones fueron diversas, de acuerdo con las diferencias nacionales, de clase y también de personalidad. Algunos no lograron superar la terrible experiencia bélica y se divorciaron de la política a la que responsabilizaban de sus sufrimientos. Pero otros, al concluir la contienda, ingresaron a la política para, mediante ella, evitar que la experiencia se repitiera: con la acción política se empeñaron en la búsqueda de una paz duradera. Otros más aguerridos, no lograron liberarse espiritualmente del frente de batalla y entraron a la política a continuar el combate, ahora con otros medios.

Aquí se ve cómo un mismo acontecimiento histórico generaría tres actitudes políticas diferentes, tres "unidades generacionales" al decir de Mannheim. Tres unidades generacionales que en conjunto constituyeron una generación política porque se orientaban las unas a las otras, aunque sólo fuera para combatirse. Esto evidencia cómo cada generación se expresa por medio de varias voces y cómo el conflicto no se verifica únicamente entre generaciones sino también dentro de una generación. En otras palabras, los conflictos pueden ser inter-generacionales e intra-generacionales. En consecuencia, el tiempo y el espacio son variables fundamentales que debemos manejar en cualquier esfuerzo orientado a la identificación de las generaciones interactuantes en un hoy determinado.

Hasta aquí el necesario bosquejo de lo que podríamos

denominar un marco teórico. Pero nuestra intervención no puede ceñirse a meras elucubraciones teóricas. No debemos olvidar que el cardinal de la reflexión es, en el hoy dominicano, la juventud dominicana. Y con el fin de llegar a conclusiones en torno a un "qué hacer" concreto. Lo que sigue es un atrevimiento. Un rotular etiquetas y aplicarlas a conglomerados de individuos. Es atrevimiento, desde ya lo señalamos, dirigido calculadamente a estimular reflexiones y, sobre todo, a provocar discusión. Todos tenemos un derecho al atrevimiento, a decir y a hacer cosas. Y que conste que no estamos amarrados al deber de ofrecer explicaciones.

Pero aun conscientes del que es nuestro derecho, por la naturaleza del atrevimiento, debe ser precedido por una aclaración y algunas advertencias. La perspectiva generacional es una perspectiva de análisis. Una entre varias. Por lo tanto, sería ingenuo pensar o despacharnos con la gran ligereza intelectual de considerarla como "la perspectiva. Simplemente, si así la concibiéramos caeríamos, en un determinismo simplista. Sería una simplificación de una gran complejidad: la realidad. El enfoque generacional es el único que nos permite embestir, con un mínimo de rigor, el tema de la juventud toda, nuestro tema.

Pero la juventud toda forma parte de la sociedad toda. Y el todo social se articula en partes sociales. Partes que no son iguales. Es más: existe una más igual que las demás, otra medianamente igual, y otra aún menos igual. Son las clases sociales. La sociedad es pirámide realmente compuesta, y analíticamente descomponible. La juventud toda no puede ser, por ende, bloque monolítico. Debemos estar muy atentos a esta situación dual: conciencia de clase y conciencia generacional.

Con este señalamiento deseamos hacer brotar las limitaciones de la perspectiva generacional. Si bien una generación puede identificarse, debemos convenir en que su sentir no es homogéneo: las palpitaciones de los jóvenes menos iguales no coinciden plenamente con la de los jóvenes más iguales. Es ésta, nos luce, una debilidad consciente del enfoque generacional. Es más horizontal y menos vertical.

Pero ello no significa que sea únicamente horizontal y en absoluto vertical.

Que se agarre sólo a la conciencia generacional y suelte por completo la conciencia de clase. Es debilidad, no deficiencia.

Esta es la aclaración; ahora las advertencias. La determinación empírica, como se suele decir en ciencias sociales, de las generaciones en una sociedad concreta es tarea muy difícil que requiere de investigaciones muy rigurosas y muy minuciosas. Para lograrlo aceptablemente deben analizarse los sistemas de vigencias y su variación, de acuerdo a la terminología orteguiana. Aunque Julián Marías sugiere un método de investigación, no deja de reconocer con franqueza como "la determinación empírica de la serie de generaciones requiere un trabajo considerable, que todavía no se ha realizado en ninguna parte". Y si en ninguna parte aún no se ha realizado científicamente se comprende, con facilidad, cómo lo que seguirá a continuación no será más que un atrevimiento. Siendo honestos con nosotros mismos, lo que haremos será especular. ¿Se puede proceder de otro modo?

La aparición de una nueva generación cada cierto número de años depende enteramente del contexto social específico. Por lo tanto, aplicar esquemas ideales a situaciones concretas requiere, además de mucho trabajo de investigación, de una gran imaginación. Y ello debido en parte a los vertiginosos cambios que registra la sociedad contemporánea, que en latitudes norteanas traduce a la realidad relatos de ciencia-ficción en apenas lapsos anuales, y en sociedades sureñas imbuidas en continuo movimiento y en rápida transformación política, económica y social. Afirmar entonces con pretensiones de certeza que las generaciones surgen cada 10, 15, 20 ó 30 años es caminar sobre una arena muy movediza. Hasta aquí las advertencias. ¡Manos a la obra con el atrevimiento!

En el hoy dominicano interactúan cuatro generaciones: los sobrevivientes, la generación de la frustración, la generación de la libertad I: los presentes-presentes, y la generación de la libertad II: los presentes-ausentes. Más que acontecimientos históricos específicos hemos utilizado, en el intento de detectarlas, el

ambiente político-social en el que vivieron o viven sus años formativos.

Sin necesidad de hurgar demasiado profundamente en la historia dominicana del presente siglo, la etapa del trujillato marcó indeleblemente a la juventud de la época. Lo monolítico del régimen y su larga duración, la transformación que provocó en la sociedad dominicana, permite asumirlo como una de las etapas decisivas en el proceso de desarrollo generacional. Por igual, la pulverización de este sistema de gobierno unipersonal, dio lugar a un veintenario de agitadas turbulencias, de inestabilidad política cuyo clímax se verificó con la revuelta de 1965. A este acontecimiento le suceden años de estabilidad política bajo la égida de un sistema político con fuertes rasgos autoritarios permisivo de una oposición, que, aunque con limitaciones, ejerció la crítica pública sin tener que recurrir, salvo casos extremos, a la oposición conspirativa. Y de ahí, el proceso que arranca en 1978 con sus ilusiones, esperanzas y decepciones.

Los sobrevivientes son precisamente eso: gente de otra época, resultados de tiempos ya pasados que todavía están en éste y que estando lo hacen aún presente. Como sobrevivientes son pocos y condenados a una más próxima desaparición. Hoy sobreviven : ayer vivieron e influyeron poderosamente. Formados estaban cuando inició la jornada, el día nublado y la noche oscura de la "Era de Trujillo". Fue la juventud que primeramente tuvo que encarar el dilema compuesto: si aceptar y/o participar; o el encierro, el entierro o el destierro. Y se vieron aceptando, participando, encerrados, enterrados y desterrados. Nos quedan residuos de cada opción. Serían los hombres del Trujillismo los que aceptaron y participaron. Influyentes han sido y son todavía algunos de los participantes y de los desterrados. Basta y sobra otear la contingencia política nuestra para comprenderlo.

Después, la generación de la frustración. ¿Una o varias? Difícil es determinarlas. Quizás varias; quizás una compuesta. Pero independientemente de la variedad o del número, fue una generación crecida y formada bajo un poder omnímodo, cuyo

ejercicio estuvo sujeto a los vaivenes de una psicología patológica, resultado de la biología y de la sociología. Sí, porque esa criatura despótica fue parida por la sociedad nuestra. Ambiente de opresión, y en momentos, de opresión asfixiante. Una juventud con muy limitadas posibilidades de escogencia. Una juventud consciente o inconscientemente amordazada. Obligada a la conformidad; en algunos casos, a la conformidad exterior. Se vio con las alas cercenadas, y además enjaulada. Y así fue traumatizada. Obligada a rendir pleitesía o a combatirla a costa de inmolar su vida en aras de su libertad. Pero no sólo rindió pleitesía, también colaboró. Pero la suya fue, tuvo que ser, una colaboración burocrática. ¿Acaso no se le había atrofiado la imaginación? Y los temprana, mediana y tardíamente formados en este ambiente tan huérfano de estímulos y tan rico en limitaciones, constituyen la generación que hoy mayoritariamente ejerce el poder en todos los órdenes y cuya pretensión coincide con la figura del mundo vigente.

Son estos los hombres que hoy dirigen, que hoy detentan el control en nuestra sociedad. Una generación tarada, salvajemente mutilada. Y cuando hablamos de dirección no pensamos únicamente en los que ejercen el poder político. Aun si las circunstancias en que se forjó son atenuantes, es una generación atrapada. Atrapada por sus limitaciones. Ha sido sin duda arquitecta de innovaciones, pero la generación opositora no no deja de criticarla por su incoherencia e incapacidad de crear futuro.

El derrumbe de la tiranía, inexorablemente condenada a la sepultura junto al cuerpo inerte del déspota, abriría un nuevo capítulo con escenario, drama y clima diferente. ¡Libertad! Posibilidad de discusión; eso significó libertad. Posibilidades mayores y posibilidades menores. Entonces los supervivientes eran más, la generación de la frustración luchó contra ellos, cada vez con mayor éxito, en su afán de sustituirlos en el poder. Y en un ambiente de trauma nacional se va moldeando la primera camada de las generaciones de la libertad. Es en esos años de ingenuidad, en que se despierta con la ilusión de cambiralo todo y rápido, ilusión aplastada con sangre y fuego y también con

mucha frustración, se va creciendo, pero creciendo en la discusión. No hay quien corte alas: las alas van fortaleciéndose ante la esperanza incubada de poder volar algún día. Así se van conformando los presentes-presentes. Presentes, porque físicamente están. Presentes, porque espiritual y mentalmente se conciben en el tiempo dominicano a la espera de que llegue su tiempo.

Los presentes-presentes constituyen la generación de la oposición activa que no ha triunfado plenamente, pero que está luchando por imponer sus innovaciones, sus interpretaciones de la realidad, su mundo. Es generación contradictoria. Quiere ir demasiado aprisa, quiere participar y quiere triunfar. Y el querer con rapidez y desesperación la hacen descuidar la construcción de una sólida base sobre la que erigirse y pretender constituirse en generación decisiva. La prisa le resta autenticidad conduciéndola en un frenético escalamiento de posiciones en pos de haberes muy económicos y muy materiales.

Vive la incertidumbre y en incertidumbre. La otra generación de la libertad, la que se encuentra en formación vive en incertidumbre, pero le importa cada vez menos la incertidumbre. Sus humanidades deambulan por la geografía nuestra; su espíritu y su mentalidad andan por otros mundos. Es una generación, en vez de preocupada, preocupante. Se ha ido formando en un ambiente de corrupción en donde se reverencia la trampa y el delinquir se aplaude. ¿Qué se le está enseñando a esta generación? ¿Qué valores morales se les están legando? ¿Cuál es el ejemplo que se le está ofreciendo? Y si esta juventud nueva carece de nueva pretensión ¿dónde estarán, pasado mañana, las salidas y los desenlaces?

Pasado, presente, mañana y pasado mañana. Son estos los tiempos del hoy dominicano. Este ha sido nuestro atrevimiento: identificar "tiempos" contemporáneos, generaciones que conviven.

Legítima puede ser la crítica al atrevimiento. Si provocar discusión, para motivar reflexión, ha sido el interés nuestro, aceptables pueden ser las insatisfacciones generadas del ejercicio apenas concluido. He aquí respuestas para algunas interrogantes.

Hablar de generaciones en el país nuestro puede quizás convertirse en una violentación de la realidad. Estamos conscientes. Las caracterizaciones han podido ser muy parciales, muy clasistas y muy elitistas. Pudiera ser, repetimos. Pero no olvidemos que una generación es cuerpo social: minoría y muchedumbre. Y minoría puede ser vanguardia representativa.

Otra insatisfacción: ¿Acaso se olvida lo ya consignado, que generación es conciencia, conciencia de grupo? ¿Tienen conciencia de sí las generaciones que interactúan en el hoy dominicano? Hay grados de conciencia, eso pensamos. ¿No puede existir quizás una conciencia, aunque débil y difusa? ¿No estamos escuchando con insistencia hablar del papel político de la juventud? ¿No pueden apreciarse las críticas, que abierta o solapadamente, se enrostran la generación activa que ha triunfado y la generación de la oposición que está triunfando? ¿No existe una sensación de que las cosas se están haciendo mal y de que los jóvenes pueden hacerlas mejor? Hay, hay conciencia, débil pero existe, aun si debemos escharbar para encontrar mayores evidencias de ella.

Hablar de generaciones interactuantes en un tiempo contemporáneo es pinclar una especie de "cartografía social". Difícil y atrevido es, pero el ejercicio, sin duda, puede resultar rentable. Al menos nos ayuda a clarificar y advertir que hablar de jóvenes como un todo puede conducirnos a conclusiones precipitadas y alegres.

¿La toma del poder político por parte de la juventud? ¿Cuál sector de la juventud? Y más luego debemos preguntarnos: ¿es eso posible ya, aquí, ahora? Los presentes-presentes y los presentes-ausentes son jóvenes, de acuerdo. Ahora bien, unos son menos jóvenes y otros más jóvenes. De los primeros se puede y se debe esperar más, y también más pronto que de los segundos. La lucha y la crítica de los que detentan hoy el control social no puede ser asumida como la única tarea. La responsabilidad y el compromiso es, ante todo y sobre todo, con el país y también con las generaciones posteriores. Y los presentes-presentes están en el deber de fungir también como generación educadora de los

presentes-ausentes. Para invitarles con el ejemplo al retorno y al compromiso.

Hablemos ahora de acción política. Esto es, de un hacer concreto orientado a influir, a hacer cosas, a lograr cosas en beneficio de la sociedad toda. Personalmente estamos convencidos de que para nuestra generación —la de los presentes-presentes no ha llegado el momento decisivo para una toma del poder, incluyendo el poder político. La que hoy lo detenta, aun con sus limitaciones y sus contradicciones, está muy activa. Es un problema de desplazamiento más o menos paulatino que vendrá, querámoslo o no. No hay que tener prisa. Una prisa ansiosa puede ser nociva y contribuyente al fracaso. Si el desplazamiento viene, debemos desde ya prepararnos para cuando ocurra. Preparanos, si es que queremos ser una generación más decisiva en la construcción del mañana dominicano.

Un desplazamiento generacional, si bien en gran medida es inevitable, la rapidez con que éste se verifique dependerá del liderazgo, de su solidez, de su integridad y de su potencia. Porque liderazgo no es más que poder de influencia, en la medida en que más se logre capitalizarlo en todos los aspectos de la sociedad, y por ende, en la política, en la misma medida se dispondrá de mayor liderazgo.

Es mucho lo que se ha hablado y se habla de la necesidad de un nuevo liderazgo en nuestro país. Pero ese liderazgo se concibe y se interpreta únicamente como liderazgo político, olvidándose quizás que éste, para ser efectivo y fructífero, no puede ser meta de partida —lo que es un contrasentido— sino, por el contrario, meta de arribo.

Preocupados por nuestro mañana, angustiados por lo poco que en él se piensa, nos agitamos de tal manera que caemos en un activismo político, muchas veces mental, urbano e indeciso. Se quiere participar en política, pero con frecuencia se teme participar. Ha faltado arrojo. Se critica a los políticos, y si éstos proceden mal, sin duda, deben ser objeto de reprobación social. ¿Y no son ellos los que juegan con nuestro destino?

Pero si lo que se desea es cambiar a nuestros políticos debemos entonces convertirnos en políticos. El ser político no

es decisión de una generación toda, no es decisión de grupos, es ante todo y sobre todo decisión personal. Para ser político se requieren ciertos dones y también vocación, al igual que para ser médico, ingeniero, abogado, sociólogo, artista o profesor. En la sociedad tampoco hay una igualdad de vocaciones. En consecuencia, no podemos todos ser políticos, como no podemos ser todos médicos, ingenieros o economistas.

Como el participar activamente en la política, como político profesional, especificamos, lo concebimos como una decisión personal, aquellos que sienten realmente dentro de sí los signos de una auténtica vocación, o ya lo están, o entrarán a ella sin tener que hacer de la decisión un problema. Si se quiere ser un político se ingresa a un partido político, o se forma un partido político, si los que existen no satisfacen. Pero que no se quiera vender la idea de que todos debemos ser políticos profesionales porque el pensar así, el hablar así, denota desconocimiento de la realidad o indecisión personal.

Toda generación prohija un liderazgo político pero sólo como una especie de un liderazgo más amplio y comprensivo: el liderazgo social. Por lo tanto, y en base a lo dicho, cuando hablamos de liderazgo no nos referimos únicamente a su aspecto político. Y nótese bien: no somos apologistas de las irresponsabilidad ni del desentendimiento político. Muy por el contrario, nuestro mensaje se orienta a recalcar con vehemencia y entusiasmo la responsabilidad y el compromiso que tenemos todos con nuestro país, con nuestro futuro, con nuestros hijos, en fin, con el hombre, con el hombre dominicano.

Abogamos por un nuevo liderazgo social edificado necesaria y fundamentalmente sobre un liderazgo moral, construido a su vez sobre la integridad, sobre la seriedad, sobre la autenticidad, sobre la genuinidad del compromiso. Un liderazgo estructurado a partir de cada uno de nosotros individualmente considerado. Un liderazgo que desde ya puede comenzarse a construir. Un liderazgo que algunos están hoy contribuyendo a construir con su trabajo, con su seriedad, con su ejemplo, con su valentía y con su responsabilidad.

Todos y cada uno de nosotros trabaja y puede trabajar

desde y en su trinchera para el país, para el futuro del país. No tenemos que ser únicamente funcionarios públicos para poder hacer cosas en beneficio del hombre dominicano. Es más, con pena puede, por el contrario, constatarse cómo estos, en muchos casos, anteponen servirse del país a servir al país. Por eso están desprestigiados, por eso no creemos en ellos, por eso no deseamos que continúen siéndolo. Y esto debe decirse públicamente, sin miedo, con responsabilidad. Pero para ello debemos demostrar que tenemos autoridad moral. ¡No sólo con palabras, con hechos! Con nuestro hacer diario, con nuestro trabajo. Porque estamos ya cansados de oír críticas vertidas alegremente desde la oposición y traicionadas vilmente en el poder.

Liderazgo moral, ante todo y sobre todo. Ejemplo y denuncia. Denuncia y sugerencias. Ejemplo en la acción. ¿Y una acción para qué? Una acción para luchar por un futuro más luminoso que hemos de contribuir a legar al hombre dominicano. La incertidumbre en que vivimos no sólo nos debe angustiar a nosotros. ¿Acaso no pensamos en nuestros hijos? ¿Qué mundo, qué país les estamos construyendo? Nos preocupamos sólo en herencias particulares. Trabajamos para dejarles patrimonio, para dejarles educación. Pues bien, ¡eso no basta! Nuestra responsabilidad como generación no puede ser satisfecha al través de herencias particulares. Todos debemos trabajar hoy para contribuir a producir, construir, ordenar y defender, vestir, curar, alimentar, educar, informar, divertir al hombre dominicano del mañana: nuestros hijos.

Actuar sin visión de futuro, sin una visión humana del futuro, es no querer a nuestros hijos, es desde ya abandonarlos.

¿Qué hacer entonces? Trabajar en nuestras trincheras armados de mística. Trabajar pensando en nuestros hijos, que son el futuro. Preocuparnos por el futuro. Pero no sólo eso. También participar activamente en los problemas de nuestra sociedad: denunciarlos, analizarlos, brindar soluciones. Hacerlo individualmente o en grupos, no importa, pero hacerlo. Hacerlo con el ejemplo y luego con palabras. Hacerlo auténticamente. ¡Hacerlo!

Estructurando un liderazgo moral se obtiene un liderazgo social, y será entonces sobre esa base que estaremos en condiciones de procrear un liderazgo político sólido, con mística, con visión de futuro capaz de ejercer el poder con responsabilidad y utilizarlo para sembrar bienestar, el bienestar que realmente podemos alcanzar como país y como pueblo. Un liderazgo político que sienta las bases, las verdaderas bases de un mundo dominicano para el hombre dominicano.

Si queremos el poder, del que somos legítimos herederos generacionales, empecemos a conquistarlo haciendo cosas y diciendo cosas . Para que así, cuando lo tengamos en nuestras manos sepamos utilizarlo y logremos bautizarnos como una generación decisiva.

Construir futuro es iniciar un proceso de innovación. Siempre toda innovación empieza por ser individual. De individual se convierte en minoritaria para luego, más luego, transformarse en mayoritaria y dominar a la sociedad entera constituyéndose en mundo vigente. En el hoy dominicano existen ya ejemplos individuales, ejemplos que sumados hacen minoría. Pero para constituir minoría se requiere conciencia y decisión. De lo que somos y de lo que debemos y podemos hacer. Del reto que como generación, como presentes-presentes, nos han lanzado nuestros hijos que reclaman y exigen que contribuyamos decisivamente a la construcción de un mundo mejor para ellos, para el hombre dominicano.

Ojalá que se logre formar esta minoría y que pronto ella pueda convertirse en mayoría! En este proceso muchos pueden contribuir. Los que demuestren su integridad, su valentía y su responsabilidad con el ejemplo auténtico. Los que así puedan probarlo, que den entonces un paso al frente para que se les cuente. Muchas gracias.